

EL CLAUSTRO

A Monseñor Carrasquilla, respetuosamente.

El claustro es muy viejo. Doscientos setenta y un años. Tiene corredores anchos; los ladrillos rojos del patio se enrojecen más cuando se estrella el sol contra ellos; las paredes blancas se manchan con la blancura de las placas conmemorativas....

Son doscientos setenta y un años, pero que no lo aplastan con la enormidad de sus cifras; no son años repletos de esterilidad histórica que abruman con la constante repetición de sí mismos. Han quedado impresos fuertemente en su alma, agitada a veces, a veces tranquila, pero siempre llena de esfuerzos cerebrales que parecen sentirse al través de las aulas grandes, como aletazos de eternidad.

Más que claustro estudiantil dijérase un templo, donde día a día han venido curvándose los hombres sobre los libros en su constante afán prometéico de analizar el fuego divino. Y esa lucha enérgica y sublime que forja los héroes de los laboratorios y de los anaqueles, ha venido marcándose con fuerza en el alma del viejo Colegio, definiéndola y poniendo en ella, en cincelazos admirables, las líneas definitivas de la perfección.

Comenzada su epopeya pedagógica en la época de la Colonia hay en claustro la vieja alma castellana altiva y fanfarrona que empuña la hoja brillante al soltar las *Confesiones* de san Agustín y toma la *Summa* del filósofo de Rocca Sicca a la vuelta de una cita galante.

Hay también en el alma del claustro caballeros ardientes que, ahogando su atávica personalidad se hundieron en su paz rodeados del silencio, el sublime silencio genitor de ideas, a pasar las hojas del pergamino

por donde flota el perfume místico de las cosas viejas, clavados en la abstracción de lo que hay «más allá de las cosas naturales,» mientras a su lado la ciudad soñadora, la ciudad triste, hacía sonar su fe en el alboroto de los camparios.

El Claustro es también la República.

Todo ha sido un movimiento vago, en que quizás se han estremecido más los espíritus que los músculos. Dónde ha brotado esa revolución?

Ha debido ser en el viejo Colegio, y, entre sus paredes encaladas tenía que comenzar el galope de los espíritus. Caldas que amó tanto el *sublime coloquio de la República*, por la ley del medio ambiente de que habla el imaginativo filósofo francés, era el producto de la obra del arzobispo Torres. Inclinado con vehemencia al estudio, era el retoño de una raza que había pensado mucho, que había agotado sus ojos a la luz de los velones melancólicos, sobre textos polvorosos pero que tenía siempre la sangre quijotesca, dispuesta a saltar en las venas por una idea o por una mujer.

Caldas era la revolución. La revolución desinteresada y magnánima, que marchaba al cadalso para tumbar con sus cadáveres un trono caduco.

Y si era la revolución era todavía más la formación del Colegio que culminaba en una obra maestra. Se había pulido tanto el mármol que había saltado de repente el escorzo violento que buscaba el artista, y ese escorzo era una idea empapada en sangre; era una generación íntegra, era la revolución.

Y el alma compleja del claustro tiene todo eso; tiene la Colonia; tiene la República; tiene nuestras glorias y nuestros dolores ciclópeos. Sus placas que manchan las blancuras de las paredes, están recordando a cada instante, como alaridos de clarín, el borbolar de la sangre patricia, agitada con la idea del patíbulo, y ardiente en el estallido revolucionario. Se respira historia.

Pero no es su alma cargante, oscura, como la de *La Catedral* que describió el espíritu morbosos e inquieto

de J. K. Huysmans. No. Tiene descargas de sublimidad. Por eso hay que amarlo tanto.

El claustro es muy viejo. Tiene doscientos setenta y un años....

ALBERTO LLERAS.
alumno convictor.

VELADA EN EL COLEGIO DEL ROSARIO

DISCURSO DE MONSEÑOR CARRASQUILLA

Excelentísimo señor Presidente, Ilustrísimo señor Arzobispo, señor Ministro, señoras y señores:

Doy las mas cordiales y efusivas gracias al señor Vicerrector, a los señores catedráticos, superiores y alumnos, por este obsequio, que agradezco tanto más cuanto mejor comprendo cuán lejos estoy de merecerlo. Y presento testimonio de gratitud al Excelentísimo señor Presidente de la República, al Ilustrísimo señor Perdomo, al señor ministro de Instrucción Pública, a los venerables sacerdotes, gentiles damas y distinguidos caballeros que nos han honrado con su presencia.

El Colegio del Rosario es un cuerpo unido y compacto, formado por los superiores, catedráticos y alumnos e informado por un solo corazón y una sola alma. Aquí todos profesamos una misma fe: la católica, apostólica romana, única verdadera; seguimos idéntica doctrina filosófica: la que se deriva de la mente y el espíritu del Angélico doctor santo Tomás de Aquino: emulamos unos con otros en amor a nuestra Madre la República de Colombia y estamos sujetos, desde el rector hasta el más joven de lo estudiantes, a las constituciones que hemos jurado respetar.

En este claustro no hay valladar que separe a los superiores de los estudiantes, a los maestros de los discípulos. Los doctos profesores que hoy dictan sus lecciones en la cátedra se sentaban, ayer no más, en